

rina, de sus comidas en miniatura, que hacían y se comían en seguida, y de todas esas pequeñas puerilidades de la infancia, con la alegre algarabía que producirían juntos un ruiseñor y un canario.

El ruiseñor, de voz sonora y armoniosa, era Dolores, más hermosa, más fuerte que su compañera.

La rubia Modesta era el dulce y juguetón canario, que sólo oponía suaves sonidos al poderoso trinar de su amiga.

¡Dulces é indisolubles amistades de la primera edad!; vosotras sois las más verdaderas, las más durables de la vida, porque sois también las más puras y sinceras.

CAPÍTULO V

UNA ESTRELLA ENTRE NUBES

La señorita Amparo García, hija de un magistrado benemérito, se había casado, á la edad de diez y siete años, con don Pedro Herrera, joven de veinticinco, honrado, probo, laborioso, y que era escribiente primero de un ministerio con el haber de cinco mil reales.

La boda, en punto á interés, no pudo ser más descabellada; pero Amparo no tenía madre, y su padre no pudo resistir á las súplicas de aquella hija única y con tanto extremo amada.

—Cásate, y viviréis conmigo—le dijo:—mi mesa será la vuestra; tú manejarás mi sueldo como hasta aquí; unirás á él el de tu marido; pagarás la casa, comeremos á la misma mesa, vestiremos, y lo que sobre será para vosotros; sólo me reservaré el dinero que invierto en mis limosnas, y en decir dos misas cada mes por el alma de tu madre, lo que, como sabes, asciende á poco.

Así se hizo. Amparo se casó con el que amaba,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

y fué la administradora inteligente de todos los haberes de la casa.

Era una joven de alma ardiente, de imaginación muy viva y de corazón sensible: estas dotes, fatales para ella, hacían algo desigual su carácter, porque la igualdad constante y helada procede casi siempre de la absoluta carencia de sensaciones.

Comúnmente se confunde un carácter vivo y apasionado, ya en el amor, ya en la ira, con un mal carácter. ¡Deplorable error! Hay índoles llenas de bondad, de abnegación, de grandeza, de generosidad y hasta de heroísmo, que son impetuosas y arrebatadas, y casi pudiera decir que lo son todas aquellas que salen del círculo común. La completa serenidad del ánimo nace casi siempre de un alma fría y egoísta: cuando á la bondad natural van unidos el talento, la sensibilidad y un raciocinio exacto, por grande que sea aquella bondad, sólo se da á quien la merece, y todo lo que es bajo y ruin exaspera hasta la ira y hasta la violencia.

Amparo era violenta; pero la perfecta y cristiana educación que había recibido, contenía los arrebatos de su carácter impetuoso, y la obligaba á dominarse, pero haciéndola sufrir mucho más:

para aquella alma delicada y llena de elevación, eran martirios lo que para otras mujeres son cosas insignificantes; esclava de la dignidad y del bien parecer, jamás alzaba la voz, y aunque muchas veces se proponía tomar medidas enérgicas en lo que su razón conocía ser necesarias, la natural dulzura y nobleza de sus sentimientos se lo impedía, y casi siempre dejaba en la impunidad al que la ofendía.

Afortunadamente, su padre y su marido la adoraban, y esto la libertaba de muchas penas, si bien las tenía en otras mil cosas de su retirada vida doméstica, empezando por las que le causaban los criados, que era muy opuesta á cambiar.

Jamás pudo tener con ellos la sangre fría necesaria para imponerles su voluntad: tomaba disgustos mortales por lo que otras sólo se incomodan levemente, y ellos dejaban pasar su arrebato, y hacían después lo que querían.

Para decirlo de una vez: el carácter de Amparo, á un tiempo benigno y arrebatado, y la bondad de su alma estaban en completa oposición con la rectitud de su razón, que le hacía ver clara, distinta y aterradora la falta dondequiera que existiese, sin tener la energía de castigarla sino muy rara vez.

Puede suponerse lo que aquella delicada y generosa naturaleza, lo que aquel claro y sano juicio padecerían en las diversas circunstancias de la vida doméstica, que son el calvario de toda mujer honrada, digna y pundonorosa: su marido, al que siempre amó con la más constante ternura, aumentaba aún sus sufrimientos, porque su carácter no estaba dotado de mayor fortaleza, y en vez de sostenerla en las pruebas de la vida, era el primero de los dos que se anonadaba, y era ella, por lo mismo, la que tenía que darle valor.

Un suceso inesperado y terrible para Amparo vino inopinadamente á sumergirla en el más profundo dolor: su padre murió casi de repente, víctima de una aguda pulmonía.

Las sombras del pesar y las de una medianía muy próxima á la pobreza envolvieron á un mismo tiempo á los dos esposos. Ya tenían dos hijos: muerto el anciano, quedaban reducidos al cortísimo haber del empleado, que, á pesar de no tener la vida las necesidades que hoy cuenta, no llegaba para sufragar las más indispensables.

Entonces empezó para Amparo ese martirio lento, pero doloroso, que ocasionan la delicadeza del organismo y la escasez de los medios: el instinto de lo bello, y la imposibilidad de lograrlo; la

sensibilidad de los instintos, y la precisión de avenirse á las más duras ocupaciones y á los cuidados más dolorosos y más amargos.

Pero la mujer cristiana y fuerte no debía desmayar ante la prueba, sino armarse de valor, y esto fué lo que hizo Amparo.

La doncella y el criado fueron despedidos, y sólo quedaron una criada para la cocina y otra para atender al cuidado de los niños.

El matrimonio se ciñó á toda clase de privaciones, sin quejarse, sin murmurar de la suerte, sin nombrarlo siquiera.

Se acabaron las noches del teatro, donde tanto disfrutaba la pobre Amparo, cuya salud había sido arruinada por el nacimiento de otros ocho hijos.

Se sustituyeron en su mesa los platos delicados, por otros mucho más humildes; y ella fué la que tomó sobre sí todas las tareas de la doncella y planchadora, no menos que la vigilancia de la cocina y de la limpieza de la casa.

Por más que se ría el sexo fuerte, y por más que la mujer buena los llene con paciencia, con valor y con resignación, los deberes domésticos son arduos y duros cuando los medios son escasos, cuando el servicio está caro y pervertido, mal que

desde hace muchos años venimos experimentando; sólo se hacen menores aquellos deberes cuando se descuidan; pero Amparo no tenía carácter para descuidarlos, y más fácil que esto sucediese, era que fuera víctima de sus afanes, como justamente fué lo que sucedió.

Á sus cavilaciones para sufragar con la extrema escasez de sus medios todas las obligaciones de su casa, se unían sus padecimientos físicos y la continua violencia que se hacía para aparecer tranquila y contenta cuando su espíritu permanecía en un abatimiento completo.

Su alma era una estrella que cercaban de continuo las negras nubes de su suerte.

De este modo pasaron algunos años: en ellos su posición mejoró algún tanto, porque su esposo ascendió en su carrera, si bien con aquella lentitud angustiosa y extrema que acompaña siempre á la probidad y á la absoluta ignorancia de lo que es intriga, adulación ó engaño: el señor Herrera ascendió, según se dice, *por sus pasos contados*, y sólo cuando le correspondía por rigurosa escala; pero al fin ascendió, y su familia, compuesta de su esposa y nueve hijos, tuvo algún respiro y algunas ventajas en la precaria situación en que vegetaba.

Otro acontecimiento vino á afirmar el bienestar doméstico de Amparo: la entrada de Simona en la casa, muchacha ruda, pero honrada, y que se apegó á sus amos con un afecto profundo y lleno de lealtad.

La muerte de sus hijos abrió nuevas heridas en el corazón de Amparo, y su salud, ya delicada, se alteró para siempre y de una manera profunda: todos los niños fueron volando al cielo, y sólo quedó á su lado Dolores, que era la menor, y que á la muerte de sus hermanos sólo contaba algunos meses.

La pobre madre estuvo á las puertas del sepulcro; pero Dios decretó que aún debía permanecer en la tierra, y se alivió, aunque no pudo volver á estar del todo buena.

Ambos esposos reconcentraron en aquella última hija el cariño sin límites que habían profesado á todos los demás: sólo que la manifestación de aquel amor era diferente y en consonancia con el carácter de cada uno.

Doña Amparo—ya se la llamaba así desde hacía algunos años—estaba en la precisión de reunir en sí, para educar á su hija, toda la entereza de los dos, porque don Pedro, excesivamente débil, era un instrumento de todos los caprichos de

Dolores, que, algo voluntariosa, había llegado á dominar á su padre.

Por eso su madre la corregía y castigaba alguna vez, pues de lo contrario hubiera crecido como un arbolito inculto, y su carácter, vehemente ya, se hubiera convertido en duro y obstinado.

Vamos ahora á encontrar á los dos esposos, que se habían sentado en uno de los bancos de piedra del paseo para que doña Amparo descansara de la fatiga, natural en una persona que sale muy poco de su casa.

El aire libre y la vista de la naturaleza, tan hermosa y risueña, habían producido en el alma de aquella pobre mujer, enfermiza y apasionada, el efecto acostumbrado en todas las almas de su temple.

Sus pálidas mejillas se habían sonrosado; un destello de juventud animaba sus negros ojos, aún hermosos y llenos de ternura; su pecho se había dilatado con el ambiente embalsamado del campo, y se creía transfigurada y dichosa.

Hablaban á la sazón los dos esposos de lo que era para ellos lo más interesante de la tierra: de su hija.

Sin duda hacía ya rato que se ocupaban del mismo asunto, porque en el semblante de los dos ha-

bía marcadas huellas de una emoción profunda.

—¡Qué hermosa será cuando tenga cinco ó seis años más!—decía don Pedro con entusiasmo.

—Cuando la veo al lado de la niña esa que ha llegado de Sevilla—repuso doña Amparo,—es cuando conozco lo que vale. ¿Te acuerdas cuánto nos la ponderaban antes de verla?

—¡Vaya si me acuerdo! Pero no llega á nuestra Dolores, ni de cien leguas.

—¡Si Dios quisiera que lograra un buen partido; no digo yo un hombre rico, que no soy ambiciosa, sino un hombre de buena posición, y que la hiciese feliz...

—De buena posición sobre todo—agregó don Pedro;—nuestra hija, Amparo, padecería en una situación humilde.

—¡Ella!—exclamó la madre, ofendida en su amor propio de madre;—¿ella padecer, es decir, enojarse porque era pobre?: eso no, Pedro; le he dado yo muy cristiana educación para que suceda semejante cosa.

—Ya lo sé; ¿pero no ves que es bastante vanidosilla?

—Lo que veo yo es que el dejársela llevar á doña Angustias nos la echa á perder: esa andaluza me inspira una aversión que no puedo vencer.

—Entonces, como dice la buena Elena, ¿por qué la recibimos?

—¡Qué sé yo!—respondió doña Amparo:—no podemos darnos otra razón sino la de que es pobre.

—Ciertamente: si fuera rica...

—¡Oh!; si fuera rica, ya la hubiera yo dicho veinte veces que no volviera á poner los pies en casa.

—Y hubieras hecho muy bien: no te hubiera yo reconvenido por ello—dijo don Pedro muy serio, y como si alguna vez, desde que había doblado el cuello á la coyunda del matrimonio, hubiese reconvenido á su mujer;—pero así, como la pobre está tan mal, dirá ella misma que tenemos malas entrañas.

—¡Si fuera como sus hermanos!—añadió don Pedro;—¡qué doña Tecla tan buena y qué don Atilano tan bendito!

—Doña Angustias es el Judas de la casa; y lo que no puedo sufrir es que siempre está enseñando á la niña á desobedecernos; luego, ¡como tú eres tan blando!

—¿Y qué quieres que haga, mujer?

—Reprender á Dolores; castigarla cuando da motivo para ello.

—¿Pero cuándo lo da?

—Á cada momento: la niña, por más que tú te empeñes, es mala; y como soy yo sola la que la corrige, al fin ha de tomarme manía.

—¡Manía!

—Sí; te quiere más que á mí: ya lo sabes tú; y créelo, Pedro, ¡eso me hace desgraciada!

La expresión de paz y de tranquilo bienestar que animaba el rostro de doña Amparo desapareció al decir estas palabras, sustituyéndola otra de verdadero y agudo pesar.

—Amparo—dijo su marido tomándole una mano con ternura:—¿por qué te afliges sin razón? Hay en ti una fatal propensión á ver todas las cosas por el lado malo y obscuro, y tú eres, pobrecita mía, la que más sufres en esto. ¿Que la niña me quiere más que á ti? ¿Cómo ha de ser eso si á tu lado vive, y apenas me ve á mí? ¿Y cómo he de reprenderla yo si la veo tan pocas horas, y no hace nada que sea digno de reprehensión?

—Pedro—repuso tristemente la señora de Herrera,—no he hallado jamás en ti la ayuda moral que necesito; y pues ha sido y es la voluntad del que todo lo puede el que yo sufra las consecuencias de tu debilidad de carácter, no debo quejarme de ello; pero te aseguro que, á pesar de tu indife-

rencia por corregir el carácter fuerte de nuestra hija, no eres tú el que más la quiere.

—Amparo, ¿es posible que estés quejándote siempre, y buscando motivos de tristeza para ti y para mí?

—¡Ay, Pedrol—respondió la pobre mujer:—¿con quién quieres que tenga confianzas sino contigo?; ¿á quién quieres que me queje?

—Pero, mujer, ¿de qué te quejas ahora?

—De lo de siempre, ya lo sabes: de que eres débil, y haces que yo sea odiosa á Dolores porque le parezco demasiado severa cuando me compara contigo. Pedro, ese no es modo de educar á los hijos; no es quererlos más, el dejarles salir siempre con su gusto. Si se desplomase sobre Dolores una gran desgracia, no serías tú quien la ayudase á salir de ella: sería yo, que sé quererla mejor.

—Vamos, vamos, deja esas ideas tan tristes—repuso el señor Herrera, cuyo alegre y bonachón semblante se había ido entristeciendo poco á poco.—¡Desgracias, desgracias! ¿Quién piensa ahora en semejante cosa? Nuestra niña no será jamás desgraciada, porque Dios es justo, y ya nos ha probado bastante quitándonos todos nuestros demás hijos. Dolores será dichosa, porque

será buena y muy linda; la casaremos con el hombre que ella ame, y vivirán á nuestro lado y tendrán hermosos niños que alegrarán nuestra vejez; piensa así, que esto es más natural, y no te empeñes en ver fantasmas negros en el porvenir.

—¡Así pensaba también mi pobre padre, y murió antes de ver realizados sus deseos!—murmuró doña Amparo, á cuyos ojos asomó una lágrima.—Ya sabes que Dios le llamó á sí, ¡y cuánto perdimos con su muerte!

—Ya lo sé; pero esa no es una razón para que Dios se nos lleve también á nosotros. Además, aunque eso sucediera, ya tenemos algunos ahorrillos para la niña, y casándose con un hombre laborioso no lo pasarán del todo mal. Pero, vamos, que el sol se va escondiendo, y hace frío para ti.

Don Pedro se levantó: imitóle su esposa, y se apoyó en su brazo, tomando lentamente el camino de su casa: el buen señor iba esforzándose en alegrar á su mujer, que parecía dominada por la melancolía de sus últimos pensamientos, referentes á la educación, al carácter y al porvenir de su hija.

CAPÍTULO VI

DOS SANTOS Y UN DEMONIO

Á lo último de la calle de San Bernardo, y en el cuarto tercero de una casita de humilde apariencia, vivía una familia compuesta de tres individuos, únicos amigos y tertulianos del matrimonio Herrera, de aquel matrimonio tan bueno, tan modesto y tan apreciable.

La distancia que separaba las dos casas era corta, y además, el gran cariño que las dos familias se profesaban la acortaba mucho más.

Dicha familia constaba de un señor mayor, alto y delgado, jubilado con seis mil reales por unos dolores nerviosos que ocho años antes le habían tenido baldado y sufriendo como un mártir, del que ostentó toda la ejemplar paciencia.

Los dolores pasaron por fin, gracias á Dios; pero quedó jubilado, gracias á los hombres, que ya habían puesto á otro en su sitio, y á sus años, que llegaban á sesenta.

Don Atilano Carmona era soltero, porque en

su timidez jamás se había atrevido á decir á una mujer que le gustaba, aunque realmente le hubiera gustado, lo que era también algo dudoso, por cuanto siempre fué muy amante de su familia, que reunía para él todas las perfecciones de la tierra, y jamás pensó en el matrimonio.

Su familia, en la época que da principio esta historia, se hallaba reducida á una hermana viuda, llamada doña Tecla, y que contaba doce años menos que él, por lo que algunas veces le decía sencillamente, *esta muchacha*, siguiendo la costumbre de su juventud.

El otro individuo de la familia era una andaluza llamada doña Angustias, viuda de Carmona, pues había estado casada con un hermano de doña Tecla y don Atilano, que recién nombrado subteniente, de cadete que era, se dejó prender en las redes de la salada malagueña, fea como un coco, y desvergonzada como una moza de rumbo.

Seis años después de casada mató á su marido, al que llevaba cerca de quince, á fuerza de disgustos.

Armábale cada hora una cuestión, y el desdichado ni tenía voluntad ni pensamiento propio, porque hasta de esto quería disponer la rumbosa Angustias, que no perdía ocasión de desacreditar-

le con las amigas con quienes tomaba chocolate, y de decir que le había hecho favor en casarse con él.

Pero á la muerte de aquel favorecido mortal, ella quedó en la posición más precaria: se había casado sin real licencia, y no le quedaba un cuarto de viudedad, ni un cuarto ahorrado, porque todo lo gastaba en chocolate y en echar algunas copitas de *noyó y perfecto amor*, amén de los repetidos cigarritos ó *piliyos*, como ella los llamaba, y que más bien parecía cada uno el envoltorio de dos cuartos de azafrán.

Don Atilano y doña Tecla eran tan benditos, que jamás pensaron ni por un instante en culpar á su hermano Juan—á quien cuadraba el nombre á las mil maravillas, por ser tan bendito como ellos;—jamás pensaron, repetimos, en culparle por su disparatado casamiento con una mujer que podía ser su madre, pues tenía treinta y tres años y él sólo diez y siete.

Amaban tanto *al pequeño*, como ambos le llamaban, que por nada del mundo hubieran querido disgustarle, ya que por su mala suerte «andaba el pobrecito por esos mundos de Dios».

Los dos hermanos siguieron viviendo con su sueldecito, con su invariable arreglo, y cuando

podían enviaban los ahorros de sus diez mil reales *al pequeño*, ahorros que su esposa convertía luego en copitas de *perfecto amor*, en *pitayos* y en pinturas para su sandunguero rostro, que no tenía nada de femenino y sí mucho de hombruno, por su gran bigote, sus cabellos negros, crespos y relucientes, su tez basta y encendida, y su atrevida mirada.

¿Cómo había podido atrapar aquella feroz solterona á un lindo y delicado muchacho de diez y siete años, modesto, pundonoroso, bien educado, y criado por una madre ejemplar, y después por su suave y apacible hermana Tecla? Sólo se explica esto por la ley invencible de los contrastes.

Juan había visto á Angustias en casa de un oficial de su cuerpo, casado con una parienta de aquélla; y la astuta malagueña, que era ya mujer de mucha historia y que desconfiaba de hallar marido, empezó á hacerle tantos arrumacos, que aturdió al pobre y sencillo muchacho.

Así lo contaba ella á otra de sus amigas al poco tiempo de su enlace, entre las azuladas bocanadas de humo que dejaba escapar de sus marchitos labios.

—Chica—refería ella,—al ver á ese boquirrubio, perdí los estribos. ¡Ya ves tú, yo que hacía

poco había despedido y desairado á un conde y á un general!

—¡Es posible!—exclamó socarronamente la amiga;—pues yo nada he sabido de esos elevados pretendientes.

—Hija, eso se dice cuando ya pasó. Yo, ya se ve, como vivía muy regularmente con mi orfandad...; ya ves tú, orfandad de general...

—Yo creí que tu padre era sólo capitán, querida Angustias.

—Pues creías mal: era general; y yo, que solita con mi criada lo pasaba muy bien, no quería perder mi libertad, y los despedí... Pero llegó ese diablillo de Juan, y ya ves, si él me volvió á mí el juicio, yo le mareé á él, que era pajarito del primer vuelo.

—¡Y tanto!—pensó la amiga, profundamente dolida de Juan.—Pero, mujer—prosiguió en voz alta,—teniendo orfandad de general, ¿por qué ibas con un vestido de alepín tan corto y tan viejo?

—Ahí verás—respondió Angustias con el pasmoso descaro que suelen ostentar las de su calaña:—para lucir mi pie, que no es feo.

—Muy lejos estoy yo de creerlo tal—repuso la amiga, que era lista y no se dejaba alucinar por la

subteniente;—pero el tener el pie bonito, si es una razón para llevar el vestido un poco corto, no lo es para llevarlo viejo.

—Quería ahorrar—respondió doña Angustias.

—Y con tal tendencia al ahorro, ¿por qué perdiste la orfandad de general por el sueldo de subteniente?

—Ya te he dicho que me enamoré.

En efecto, la malagueña no podía estar más enamorada, al parecer: no dejaba al pobre Juan ni á sol ni á sombra; iba siempre colgada de su brazo; y á pesar de que debía tener *algunos ahorros de su orfandad de general*, la primera paga de su esposo se la gastó toda en hacerse un traje de seda, decente.

El subteniente Carmona murió á los veintitrés años, de una afección al pecho, producto de los muchos sinsabores que su terrible y dominante esposa le ocasionaba; entonces ésta, que casi nunca había escrito á sus cuñados, les dirigió una carta, escrita, según decía, *con sangre de su corazón*, en la que les pintaba su orfandad, su abandono y los peligros á que quedaba expuesta en su *temprana viudez*.

—¡Pobrecita! tiene razón—exclamó doña Tecla, que lloraba á lágrima viva:—á mí me com-

padece mucho, porque, al fin, ha sido la esposa de nuestro pobre pequeño.

—¿Y qué haremos?—dijo don Atilano muy pensativo:—nosotros no podemos enviarle más que muy poco; y al fin ella no tiene de qué quejarse: puede trabajar.

—¡Ay, hermano mío! ¡El trabajo de una pobre mujer produce tan poco!

—Ciertamente; pero ya ves que yo estoy muy delicado: estos dolores se van extendiendo cada vez más; tengo miedo á que me jubilen, lo que no tardarán en hacer si sigo así, yendo dos días á la oficina y quedándome cuatro en cama.

—Pero lo que hagamos por esa pobrecita, alegrará á nuestro Juan en el cielo.

—Pues bien, mujer: escríbele que se venga á vivir con nosotros; es lo más que podemos hacer.

—¡Dios te bendiga, hermano mío!—dijo la buena señora abrazando á don Atilano.—Á mí se me había ocurrido también esa idea, pero no me atrevía á proponértela. Ya sabes que gusto de obedecerte en todo: ahora mismo voy á escribirle.

Doña Tecla se encerró en su cuarto, y escribió esta carta con su letra antigua, gruesa y redonda.

«Mi querida hermana: Así Atilano como yo, hemos leído con gran pesar tu carta, y en su contestación, y en nombre de los dos, te ofrezco esta tu casa para que vengas á habitarla con nosotros en buena y amigable compañía, y en paz y gracia de Dios.

«No es mucho lo que podemos ofrecerte, y ésta es la primera vez que, así Atilano como yo, sentimos ser pobres, porque si fuéramos ricos, tú hallarías á nuestro lado más comodidades y opulencia; pero no te faltarán á sus horas las dos comidas y el desayuno, todo limpio y aseado, y un cuartito que es pequeño, pero que está bañado casi todo el día por el sol; además, tendrás cariño y paz, que es lo principal y lo más estimable.

«Te mando cuatro duros para ayuda de los gastos de viaje: es cuanto tengo, porque la mala salud de mi pobre Atilano no me permite ahorrar más, como antes hacía, y lejos de eso, todos mis pobres ahorrillos han salido para pagar dos novenas de leche de burra que lleva tomadas, y una untura muy cara que le doy cada noche en las piernas, sin que por eso se alivie de sus dolores, que no le dejan sosegar. ¡Cómo ha de ser! Ante todo, sea alabada y adorada la santa voluntad de Dios.

«Adiós, querida hermana. Atilano te saluda con afecto cordial, y también tu hermana, que desea abrazarte y te quiere de veras.

TECLA.»

—¡Jesús, esta gente ha de ser más tonta que Picio y más beata que un fraile de la Merced! —exclamó doña Angustias arrojando la carta con desdén.—Pero, así y todo, yo haré la mía: por lo pronto voy á Madrid, y con mi ingenio yo haré algún negocio. Me acuerdo que me gustó mucho, cuando estuve allá por mis quince años con aquel calavera de Geromo, el estudiante de farmacia, mi primer amor. ¡Qué buenos cuartos le gastamos á su padre, fingiéndose enfermo para que le mandase desde Cádiz! ¡y cómo llamaba yo la atención de todos en el Prado, con mi falda corta y guarnecida de madroños y mi mantilla de cachucha, y mi peineta de á cuarta! ¡Nadie le echaba el pie delante á la malagueña! Ahora que sé un poco más, no dejaré de hacer fortuna.

Con tan bellas y cristianas disposiciones, partió doña Angustias desde Granada, donde se hallaba, á Madrid, para aprovecharse del cariñoso amparo que le brindaban los hermanos de su esposo.

Al verla, quedaron sorprendidos don Atilano y doña Tecla. Era ésta una señora bajita y delgada, de color quebrado, ojos azules muy dulces y cariñosos, nariz pequeña y recta, y boca algo marchita ya, pero que había sido muy linda.

Contaba entonces esta excelente señora cuarenta y ocho años: los restos de una belleza, que sin ser deslumbradora, había estado llena de atractivos, se descubrían aún en sus facciones plácidas y dulces; su traje invariable era un vestido de lana carmelita; un pañuelo negro de merino en invierno, y de crespón en verano; una papalina de deslumbrante blancura que dejaba ver, por delante, sus cabellos rubios que empezaban á ser blancos, y una mantilla de gros con guarniciones de tul liso.

Doña Tecla hacía tres años que usaba los mismos guantes de piel negra: es verdad que durante el verano los reemplazaba por unos mitones de seda del mismo color, que eran un modelo de primor en el ramo de zurcido, lo mismo que sus zapatos de rusel escrupulosamente cerrados sobre las medias, blancas como la nieve, por medio de unas estrechas cintas negras que remataban en un lacito.

De la limpieza del pañuelo de bolsillo de doña

Tecla y de toda su ropa interior no hay que hablar, porque, lo mismo que su cofia, desafiaba á la misma nieve.

En cuanto á don Atilano, era muy alto y muy delgado. Catorce años hacía que llevaba la misma levita azul, que ya había perdido el pelo á fuerza de cepillarla su hermana con el mayor esmero; su estrecho pantalón negro dibujaba lo enjuto de sus piernas, y su chaleco, negro también, dejaba ver una camisa muy blanca y planchada por la primorosa doña Tecla: esta deslumbrante camisa estaba cerrada en el pecho por dos grandes botones de plata, cada uno de los cuales formaba una estrella.

Pero lo que más caracterizaba á don Atilano era su sombrero: un sombrero de anchas alas—entonces se llevaban pequeñitos—que le habían comprado cuando dejó la gorrita que llevaba á la escuela, que él cuidaba y cepillaba con minucioso esmero, y que aún estaba flamante, á pesar del tiempo transcurrido.

Cada día, al volver á su casa de su cotidiano paseo, le encerraba en su caja de cartón, donde pasaba la noche con todo abrigo y comodidad.

Entre aquellas dos figuras raras y prosaicas, pero apacibles, cándidas y llenas de honradez,

cayó como una bomba la alta y robusta doña Angustias, llena de vanidad, de arrogancia y de pretensiones.

Notables eran por cierto la cortedad, el emba-razo, la timidez con que la buena y santa doña Tecla esperaba á la viuda de su hermano. Ésta, muy contrariada al llegar á la fonda donde para-ba la diligencia, al ver que no la esperaban sus *cuñados*, que ella creía iban á salir á buscarla con una magnífica berlina, entró en un coche de al-quiler y dió orden al cochero de que la llevara á la calle Ancha de San Bernardo, número 102.

Una criada anciana, que servía á los dos her-manos y había sido niñera de doña Tecla, abrió la puerta con solicitud, y la viuda del subteniente entró como una avalancha.

Era una mujer alta y bastante corpulenta; su tez era basta y encendida; sus ojos negros y pe-queños, de mirada maligna y dura, estaban sepa-rados por espesas cejas negras y ásperas, y guar-necidos de pestañas muy espesas, pero muy cor-tas, señal segura de dureza de corazón, así como las largas y convexas lo son de sensibilidad.

Sobre su delgado labio superior se extendía un bigote negro, que le había envidiado más de un adolescente; tenía la frente estrecha y deprimida,

la nariz regular y la barba cuadrada completa-mente.

Su cabello, bastante escaso, era negro y relu-ciente, con ese brillo peculiar de las cabelleras cerdosas, y que se adquiere con el uso continuo y repugnante de la grasa.

Por lo demás, no había en ella nada que agrada-se por la delicadeza de la forma. Tenía el talle echado á perder y grueso, porque jamás llevaba corsé; el cuello, corto y rollizo; sólo su pie y su mano eran pasables, ventajas que hacía lucir con una insistencia bastante importuna.

Traía para el camino un traje de lanilla, estro-peado y viejo, porque era en extremo desaseada; una manteleta antigua, de seda, lustrosa á fuerza de haber prestado largos servicios, y un sombrero de paja, aunque se estaba en el mes de Enero, componían su presuntuoso, ridículo y deteriorado atavío.

Pendiente del brazo llevaba una bolsa de ter-ciopelo con boquilla de acero, y sus manos, encen-didas por el polvo del camino, no tenían guantes.

—¡Jesús!—exclamó entrando.—¡Quién había de pensar que me dejarían ustedes sola sin cono-cer á un alma viviente! ¡Sofocación como ésta pocas veces la he pasado!

Dicho esto, se dejó caer en una silla y empezó á echarse á aire con el abanico de una manera furiosa.

—Hermana mía—repuso con dulzura doña Tecla:—como hoy estaba Atilano bastante mal, ni él ha podido salir, ni yo me atreví á dejarle.

—Á lo menos—objetó doña Angustias, que parecía muy sofocada,—podían ustedes haber enviado á un criado.

—¡Sólo tenemos á Simplicia, y como la pobre es tan vieja!...

—¡Se busca otra joven!

—Querida hermana—dijo doña Tecla, que, en medio de su mansedumbre verdaderamente angelical, estaba dotada de una gran firmeza de carácter:—más vale que te vayas á recoger, pues vendrás cansada: tienes tu cuartito dispuesto y té hecho, por si lo quieres tomar; yo misma lo he preparado.

—No quiero té—respondió desabridamente la malagueña.

—¿Tomarás mejor chocolate?

—Tampoco me gusta á estas horas: lo que tomaría de buena gana es una copa ó dos de Málaga seco con bizcochos para poder después fumar un cigarro.

¡Beber vino! ¡fumar! Doña Tecla se quedó con la boca abierta al oír aquellas monstruosidades; luego, y como si las palabras no hallasen paso entre sus labios, dijo balbuceando:

—Lo que es Málaga, no lo hay en casa: como no lo gastamos...

—Envíe usted á comprarlo á la Simplicia, que lo habrá en Madrid.

La viuda trataba de usted á su cuñada, con una especie de irónico respeto ó, más bien, de conmisericordia despreciativa.

—Hay un inconveniente—respondió entonces la voz áspera de Simplicia, que haciendo como que arreglaba el comedor donde se habían sentado, miraba de reojo á la rumbosa andaluza.

—¿Qué inconveniente?—preguntó doña Angustias con mucho retintín.

—Que yo no puedo salir ahora de casa.

—¿Cómo?

—Que no salgo ahora de casa, ¡jea!—repitió Simplicia con enfado.—No hay para qué echarme esos ojazos, que á mí no me come la gente.

—¡Ay, Dios! Ahora recuerdo que el coche está á la puerta, esperando el cochero que le pague. Cuñado, ¿tiene usted algo suelto?

Don Atilano, que estaba recostado en un viejo

sillón de vaqueta, y que no había desplegado los labios, llevó la mano al bolsillo del chaleco.

—Déme usted: yo iré á cambiar—dijo Simplicia bruscamente alargando á la viuda su gruesa mano.

—¿No acabas de decir que no puedes salir?—preguntó aquella echándole una mirada de basilisco.

—Para eso es diferente—respondió resueltamente la criada:—siempre debe haber gana de pagar al que se le debe, pero nunca debe haberla para ir á gastar el dinero en golosinas.

—Para sacar dinero tengo que abrir mi cofre, y no ha llegado todavía—dijo doña Angustias, que se ahogaba de ira,—y al fin... es una peseta lo que necesito.

—Aquí está—dijo don Atilano, á quien se le figuraba aquella mujer una sierpe infernal, acostumbrado, como se hallaba, á la suavidad y dulzura de su hermana.

Y puso la peseta en la mano de Simplicia, añadiendo:

—Baja y despide al cochero.

—¡No podría venir á pie el sargento de granaderos!—murmuró la vieja sirvienta;—y si viene en coche, ¿por qué no se lo pagará ella? Esto hacía

falta á mis amos, que viven con la economía del mundo.

Simplicia era aragonesa, que es lo mismo que decir que, aunque brusca, no tenía hiel ni guardaba rencor: así, pues, no hubo cosa que pudiese complacer á su huésped que ella no hiciese, en cuanto le dijo su señora:

—Simplicia, hazlo por no incomodarme á mí: ya sabes que la pobre no tiene más amparo que nosotros, y por esto mismo debemos tratarla todos con más miramientos que si fuera rica.

Inútil es decir que doña Angustias se aprovechó grandemente de la delicadeza de este cristiano modo de pensar, y que su arrogancia y su desdén para sus *cuiados*, como ella decía, crecieron hasta un punto increíble.

Doña Tecla se levantaba temprano, y, acostumbrada al incesante trabajo, ayudaba á Simplicia en todas sus labores, limpiaba la casa, que dejaba como una tacita de plata, y luego se ponía á recoser pacientemente las deterioradas camisolas de su hermano.

Doña Angustias se levantaba tarde, se componía ridículamente con sus pingos, y se marchaba á ver á algunas amigas (que había hallado con sorprendente facilidad, porque se metía en todas

partes), y volvía á la hora de comer: después salía de nuevo para ir á casa de la Marquesa P... ó de la Marquesa A..., pues ella, que aunque había estado casada con un subteniente había sido por hacerle mucho favor, y como hija de *general*, no se trataba con gentes de otra calaña.

Por la noche se iba de tertulia: porque era cierto que tenía acceso en algunas casas decentes, en las que hacía gracia por su incesante verbosidad y por sus chuscadas andaluzas.

Era además la gaceta de todas las novedades del día, la que sabía todos los chismes, y contaba las historietas secretas de las personas conocidas.

Basta ya de los antecedentes de esta familia, á la que volveremos á encontrar en la acción de esta historia.

Por ahora no hay más que decir sino que los diez años que habían pasado sobre los dos hermanos, les habían hecho más sufridos, más apacibles y mejores cristianos, así como á la viuda malagueña la habían hecho más entremetida, más mordaz, más chismosa, más habladora y más holgazana de lo que antes era.

Ésta tenía además una amistad íntima: la de una tal doña Toribia, patrona de huéspedes y pres-

tamista, gran usurera y gran bribona, capaz de todas las maldades.

En su casa se jugaba *largo*, y allí había hecho doña Angustias algún dinerillo, con el cual iba atendiendo á sus gastos de copitas y *pitiyos*.